

PROYECTOS DE LA ELITE CHILENA DEL SIGLO XIX (II)²⁶
Chile's 19th century elite's projects

*Jorge Pinto Rodríguez**

Resumen

En esta parte se expone que en la segunda mitad del siglo XIX los debates entre liberales y conservadores estuvieron marcados por temas asociados a la educación, la política inmigratoria, la acción del gobierno frente a los conflictos sociales y la relación del Estado con la Iglesia; pero, nunca se cuestionó el modelo social que se impuso en el país después de la Independencia. La elite, más allá de sus debates políticos, pudo así soslayar el sostenimiento del Estado, viviendo de los ingresos que generaban los productos que exportaba, sin pagar impuestos y sin modernizar sus faenas agrícolas y mineras.

Palabras clave: Chile, elite, proyectos.

Abstract

Here we propose that during the second half of the XIX Century, the debates between liberals and conservatives were marked by themes associated to education, immigration policy, the actions of the government toward social conflicts, and the relationship between the State and the Church; however, the social model that was imposed on the country after Independence was never questioned. The elite, beyond their political debates, was able in that way to circumvent the State, living by the income generated by the products that they exported, without paying taxes and without modernizing their agricultural and mining enterprises.

Key words: Chile, elite, projects.

EL POSITIVISMO EN ACCIÓN

Superada la crisis de 1857 y resuelto el conflicto provocado por la Revolución de 1859, Chile parecía caminar sin problemas hacia las metas trazadas por el gobierno y por los intelectuales que lo apoyaban. No desapareció la oposición, pero los ánimos se tranquilizaron y con el positivismo de la mano las cosas se vieron más claras.

²⁶ Artículo derivado del proyecto CONICYT N° 1020289, en el cual el autor actúa como co-investigador. La primera parte fue publicada en *Alpha* N° 26 (julio 2008).

Con mucha razón José Luis Romero (1976) señaló, hace algunos años, que gobernar los nuevos países latinoamericanos suponía imaginar y poner en funcionamiento una política que requería una interpretación de la sociedad.

Al respecto, Romero traza las líneas gruesas de aquella interpretación que, en algunos casos, sostiene, se hizo intuitivamente. En su opinión, nuestras elites percibieron la sociedad como la suma de individuos racionales, libres e iguales que constituían un conjunto orgánico que funcionaba a partir de un cierto pacto social. En ese conjunto orgánico residía la soberanía, una soberanía que se legitimaba por los rigurosos deberes del ciudadano y por las obligaciones del cuerpo social, especialmente, de quienes habían asumido la responsabilidad de gobernar. Las libertades individuales debían ser celosamente resguardadas, pues lo más importante era el individuo y sus libertades, cuyo único límite era la libertad de los demás (1976:205-206). Esa sociedad —agrega Romero— no fue imaginada como una sociedad de iguales, pues se presumió que para que el individuo pudiera aspirar a los derechos individuales, debía ser racional y libre, es decir, disponer de una cierta ilustración. La verdadera sociedad, concluye Romero, la constituía la “gente decente” (1976:206-207). Tales eran las primeras señales del positivismo que se impondría en la segunda mitad del siglo XIX.

El positivismo latinoamericano ha sido largamente estudiado y resultaría innecesario reproducir aquí cuanto ya se ha dicho; sin embargo, parece útil resumir lo que, en nuestra opinión, constituyen las bases del pensamiento de los intelectuales chilenos que adhirieron a él. En primer lugar, supusieron que el tiempo conduciría inexorablemente al progreso de Chile. Se trataba de un progreso material y moral que reportaría bienestar a la humanidad. Nada podía detener el triunfo de la civilización, en cuyo nombre era legítimo utilizar cualquier medio con el fin de desterrar para siempre los resabios de barbarie que quedaran sobre la faz de la tierra. El progreso nos haría libres, libertad que conquistaríamos más fácilmente a través de la educación, presentada como liberadora del atraso, por lo cual se propuso estimularla con toda energía. Libres por la educación, romperíamos las cadenas de la barbarie y nos acercaríamos a la felicidad.

Estos planteamientos, que podrían considerarse inofensivos adquirieron, sin embargo, un carácter más complejo cuando el progreso se asoció a Europa y se concluyó que la meta era convertirnos en una réplica del Viejo Mundo. Se impuso, entonces, una actitud imitativa, de desprecio por nuestras raíces ancestrales, que produjo más de algún daño e inspiró proyectos cuyos destinos terminaron en un verdadero fracaso, acentuando la sensación de frustración que tantas veces hemos sentido en Chile.

En efecto, hechos como la profunda crisis política, social y económica que vivió el país al concluir el siglo XIX, la sangrienta revolución de 1891, el estallido de la “cuestión social” en los primeros años del siglo XX, el

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

conflicto mapuche que ya se aprecia por los mismos años y el desencanto de los escritores de esa época, dan cuenta de un país que terminó atrapado por la decepción. Cuando treinta años después los jóvenes del 40 empezaron a formar parte del gobierno, Chile seguía a medio camino, sin alcanzar las metas propuestas, rondando de nuevo la idea de un fracaso. “Parece que no somos felices”, decía Enrique Mac-Iver, en 1900 y, en 1910, Encina reconocía que Chile no había superado una inferioridad económica que dañaba el espíritu nacional (1955), un espíritu que se desdibujaba —decía Luis Emilio Recabarren— por la explotación de que han sido objeto los trabajadores (1955:57-98). Así como los jóvenes del 40 habían demolido el proyecto de sus padres, las nuevas generaciones surgidas en los albores del siglo XX juzgaban en términos muy severos la obra de los suyos. De fracaso en fracaso, ésa fue la ruta que parecieron seguir los proyectos de nuestra elite a juicio de las nuevas generaciones que se formaron en Chile, al interior de la misma elite, en el curso del siglo XIX.

MÁS ALLÁ DE LA POLÍTICA: EL JUICIO DE LOS ECONOMISTAS

El grupo que hasta aquí hemos asociado a la elite estaba formado por intelectuales preocupados de la política y de los grandes destinos de la nación. Hubo, en cambio, otro grupo que se preocupó de la economía y que pensó Chile desde las cuestiones prácticas que interesaban a los hacendados del Valle Central, a los empresarios mineros del Norte Chico y a los comerciantes de los puertos y ciudades del país. La mayoría centró su mirada en la política económica, en el empresariado y en las decisiones del gobierno, sugiriendo juicios y medidas que amplían la visión de aquel sector de la elite preocupada sólo de los asuntos políticos. Sin pretender ser exhaustivos, intentaremos mostrar cómo vieron el desarrollo de Chile aquellos intelectuales, hombres de negocios y políticos que prefirieron opinar sobre la economía, particularmente del porvenir de la industria, del mercado interior y de los problemas de la mano de obra.

Con relación a la industria chilena, Gabriel Salazar y Julio Pinto han sugerido que el modelo primario-exportador que imperó durante el siglo XIX —y que postergó a la industria— se impuso, más bien, por razones prácticas. En primer lugar, señalan que la pobreza y la debilidad del naciente Estado hizo imposible pensar en un modelo de más largo plazo destinado a defender la industria nacional. En segundo lugar, que los intereses inmediatos de quienes constituían la “mesa de tres patas” que sostenía a Chile (agricultores, mineros y comerciantes) se satisfacían mejor mediante las exportaciones de nuestras materias primas. Salazar y Pinto reconocen que este modelo no fue de consenso, tal como lo admiten otros historiadores.

Salazar y Pinto confirman que el modelo exportador fue el escogido por nuestra clase dirigente (1991:20-23). Luis Ortega ratifica la propensión de nuestra elite a instalar en Chile un modelo exportador, particularmente, después de la guerra civil de 1829-1830, que colocó en el poder a “individuos involucrados directamente con el comercio exterior y con las actividades productivas relacionadas a éste, y que se habían visto favorecidos por la apertura comercial” (2005:61). Ortega sostiene que nuestro empresariado se habría agotado tempranamente, cediendo el paso a inversionistas extranjeros y aunque desde hace varios años ha venido insistiendo en que el proceso industrializador se inició precozmente, coincide con Salazar y Pinto en el sentido de afirmar que el modelo exportador se impuso sin mayores contrapesos.

Así ocurrió en la práctica. Sin embargo, como han demostrado otros estudios de nuestra historia económica, a lo largo de todo el siglo se levantaron voces recomendando prestar mayor atención a la industria.²⁷ Ya en 1828, Simón Rodríguez, el venezolano que vivió en Chile entre 1834 y 1840, puso en tela de juicio las bondades del comercio exterior. Por esa vía —decía Rodríguez— poco lograremos recomendando a nuestros comerciantes volver su mirada “al interior del país”, donde “verán fuentes de riqueza a su superficie”. Mientras los europeos calculan sobre su industria, dice, los americanos lo hacemos sobre las comisiones de los negocios (1864:20).

Más tarde, en 1847, Vicente Sanfuentes leyó en la Universidad de Chile una interesante memoria para obtener su grado de Licenciado en Leyes y Ciencias Políticas, en la que manifestó su desconfianza en el comercio y su fe en la industria nacional. Sanfuentes consideraba que la libertad de comercio era, a todas luces, inconveniente para el país. A pesar de las ventajas que destacaban sus partidarios (favorecía la acumulación de capitales y estrechaba las relaciones mutuas entre las naciones) a Chile no convenía esa libertad por su tendencia a privilegiar la agricultura, descuidando la industria. Vestirnos, por ejemplo —decía Sanfuentes— queda al arbitrio de las naciones extranjeras, sin percatarnos de que las fábricas ofrecen muchísimas ventajas: proporcionan ocupación y ahorran terreno, tiempo y capitales. La escasez de estos últimos —agrega— obliga a ser muy cuidadosos con su manejo, debiendo ser empleados en los giros más productivos, entre los cuales la industria es la más recomendable. La excesiva gravitación de los impuestos aduaneros en las rentas nacionales —sostiene— ha llevado a despreocuparnos de las obras viales y ha impedido aprovechar las ventajas que ofrece el territorio por la variedad de su clima. “Lo que enriquece a una nación

²⁷ Entre los autores más destacados cabría mencionar a Aníbal Pinto, Rafael Sagredo, Sergio Villalobos, Eduardo Vargas, Arnold Bauer, Marcello Carmagnani, Eduardo Cavieres y a Gabriel Salazar y Julio Pinto, ya mencionados.

—concluía Sanfuentes— no es el consumo improductivo que los particulares hagan de sus rentas, sino el ahorro de capitales para emplearlos en un consumo reproductivo” (1861:406), postulando que a Chile le conviene desarrollar la industria y que a su servicio debe estar la educación, que —decían los hermanos Amunátegui en 1856— hará floreciente a Chile, poderoso en América y respetado en Europa. Sin educación no habrá progreso. Sin embargo, no se trata de cualquier educación. La que Chile necesita es una educación que junto con inculcar valores cívicos y morales, permita progresar a la agricultura y a la industria fabril. En esta última, lo que más se requiere es inteligencia y la escuela debe preceder a la fábrica, debe iniciar al trabajador en el aprendizaje de las primeras letras y en un oficio que lo haga útil a la patria. Dos años antes ya se había destacado el valor de la educación, a propósito de un proyecto que pretendió difundir las bibliotecas populares, conforme a una idea de Domingo Faustino Sarmiento. Vivimos —dijo, entonces, M. L. Amunátegui— un siglo de progreso, de caminos de hierro, telégrafos eléctricos, alumbrado a gas y otros bienes que debemos importar desde el extranjero; pero, hay uno que nunca podremos traer desde el exterior, “el cuero de que son correas todos esos inventos”, la instrucción general. El modelo a imitar era Estados Unidos y aquellos países que habían gastado recursos en preparar a su población para producir los bienes fabriles que nos visten y alimentan (1854:8-16).

Julio Menadier —redactor del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*— insistía en la necesidad de fomentar la industria nacional. En un país que vive de los ingresos aduaneros —decía en 1869— siempre se buscarán los recursos en éstos para equilibrar los gastos, postergando la actividad industrial en beneficio de las importaciones suntuarias que nada dejan a Chile (1869:34-43). Ese mismo año, Menadier publicó otro informe en el *Boletín*, en que recomendaba impulsar la explotación del carbón de piedra y eliminar los impuestos a las materias primas para favorecer la industria nacional. Menadier no menospreciaba la agricultura; sin embargo, no se cansó de recomendar a los propios agricultores incorporar tecnología y estar atentos a las experiencias de otros países exportadores de granos (1871:49-53), pues creía que una agricultura moderna, practicada sin espíritu especulativo y con los pies bien puestos sobre la tierra, daría a Chile excelentes resultados. Nuestro país —decía Menadier— tiene grandes posibilidades por el norte y por el sur, “el siglo presente será el último en que exista el desierto de Atacama” y lo mismo puede decirse de las regiones ultra Bío-Bío. Hacia ambas debe dirigir la atención el gobierno; la obra emprendedora de agricultores prósperos y dispuestos a invertir en la agricultura hará el resto. Si así ocurriera, “cada hacienda sería un Caracoles y un Caracoles que no se brocea nunca” (1871:54-55).

Este interés por la industria, que no desconocía la importancia de la agricultura, se sustentaba en la experiencia dejada por la crisis de 1857, cuyas señales empezaban a repetirse en 1872. Ese año Chile atravesaba de nuevo por una situación delicada. Los entendidos decían que el problema se había originado en las dificultades para pagar los créditos, cuyo aumento, debido a la fiebre especulativa provocada por el descubrimiento de Caracoles, hacía difícil cubrirlos. La tirantez de las relaciones con el Perú, que paralizaron aquel mercado, y las excesivas importaciones de carne de Argentina, sin los retornos para pagarlas, hizo escasear el numerario, complicando las transacciones internas. Los bancos aumentaron el valor del dinero, justo en el momento cuando la escasez de circulante hizo caer los precios agrícolas. En suma, según un articulista no identificado del *Boletín* (Vol. IV) se estaba produciendo una situación muy parecida a la de 1857, con indicios muy claros que, de prolongarse la situación, el país rodaría cuesta abajo. Como sabemos, estábamos en los prolegómenos de la crisis de 1875 (A. Pinto, 1996:47-67).

En esos momentos, la demanda de los sectores vinculados a la industria se concentró en la disminución de los impuestos de importación a las materias primas que requerían los empresarios fabriles, demanda apoyada por una prensa que no sólo la consideraba justa, sino como una necesidad para el país (Ortega, 2005:309-310). Años más tarde, en 1886, Félix Vicuña señalaba que la industria fabril y manufacturera estaban llamadas a figurar en primera línea, pues el país disponía de todos los resortes para darle un fuerte movimiento: fuerzas motrices, materias primas y mano de obra barata (1886:9-20). La producción industrial, señalaba, depende de tres factores: naturaleza, trabajo y capital. En ella el trabajo desempeña el rol principal; en cambio, en la agricultura, este papel corresponde a la naturaleza. Por eso, es incierta y sus progresos más lentos, todo lo cual hace recomendable prestar mayor atención a la industria (Jeria, 1887:285-307). Aunque se sacrifique la libertad, opinaba Jorge Huneeus en 1888, hay que apoyar a la industria para que logre su pleno desarrollo (1888:91-115). Un año antes, Román Espech había reunido una serie de artículos en defensa de la industria, acompañados de estadísticas y razones fundadas para impulsarla, con el fin de que Chile aprovechara y diera

más valor a sus productos naturales; para utilizar sus brazos que emigran en busca de mejor fortuna; para dar colocación a la población femenina que en su mayor parte pasa ociosa a quien su exiguo ingreso no le basta para vivir; para combatir la empleomanía, que viene siendo una verdadera plaga social; en fin, debe ser industrial, porque la marcha civilizadora propia de todo país nuevo, como Chile, tiene forzosamente que sacarlo del estado de país productor de materias primas y elevarlo al rango de país manufacturero, contrarrestando así la superioridad de las riquezas naturales de los países vecinos (1887:5).

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

Otros autores, como M. Cruchaga Tocornal, propusieron reformar la educación para no seguir engrosando “el ejército de abogados y médicos y no despreciable número de ingenieros”, los sacerdotes de profesiones liberales, que cierran el paso a la enseñanza industrial que necesita el país. Chile, decía Cruchaga Tocornal, es como una lonja de terreno que requiere de trabajadores prácticos para no caerse al mar (1888:116). Sin embargo, los hombres de la época constataban que la industria no progresaba y esto se debía a la falta de capitales, protección de los gobiernos, educación industrial y hábitos de trabajo y moralidad de nuestro pueblo. Más recientemente, Fernando Silva agregó que hizo falta un pensamiento proteccionista mejor elaborado, a pesar de algunas medidas adoptadas por el Estado en esa dirección (1977:96). Tales medidas, agrega Alvaro Góngora, eran en todo caso estériles, pues, a fines del XIX, todavía en Chile las posibilidades de acumular dinero seguían dependiendo de las actividades tradicionales, es decir, la agricultura y la minería. Luis Ortega, que analiza más a fondo el problema, admite el eventual fracaso de nuestra industria y lo relaciona con múltiples factores: falta de capitales, escaso apoyo de la banca, ausencia de una clara política proteccionista, atraso agrícola y ciertos problemas estructurales de nuestra economía, especialmente la estrechez del mercado interior (2005:306-315). Como sea, concluyen Gabriel Salazar y Julio Pinto, la industria chilena surgida en esa época no adquirió la fortaleza suficiente para constituirse en un pilar del crecimiento económico. Su inserción en los mercados fue, más bien, débil; su tamaño y capitalización estuvo muy por debajo del sector exportador y su estructura interna se mantuvo poco integrada y dependiente de tecnologías e insumos importados (1999:137).

A pesar de esta realidad, sectores importantes de nuestra elite siempre consideraron el desarrollo industrial como una alternativa para alcanzar el progreso. Se lamentó, incluso, la falta entre los chilenos de un espíritu empresarial que dejó la industria casi exclusivamente en manos de extranjeros. El chileno, señalaba Zorababel Rodríguez, revela inferioridad industrial, por eso “la industria chilena no es chilena, desde las más complicadas hasta las más sencillas son en sus nueve décimas parte extranjeros los que las han establecido, los que las dirigen y los que recojen sus provechos” (1886:68). Rodríguez agrega que el extranjero es metódico, económico, previsor, cumplidor, no tiene prejuicios contra las profesiones y artes no liberales y posee una familia que no es una carga, sino un grupo de colaboradores y éstas son las claves para triunfar en la industria.

La estrechez del mercado interior fue otro tema acerca del cual nuestros economistas e intelectuales debatieron en el siglo XIX. Recuérdese que Simón Rodríguez llamaba la atención sobre su importancia. Por su parte, Julio Menadier no se cansó de repetir lo importante que era cautelar el mercado interior, aun para la agricultura. En su opinión, el mercado minero de las

provincias del norte merecía tanta atención como los mercados externos (1869:251-256). Otros, en cambio, se refirieron a la relación que tenían los salarios con el consumo, poniendo de relieve los perniciosos efectos de una mano de obra mal pagada. Al respecto, en 1888, Lauro Barros sostiene que

La agricultura, como toda otra industria, no puede prosperar en ninguna nación del mundo, si le falta la condición indispensable de que aumente el número de los consumidores que hagan subir el precio de sus productos; pero ella no puede tampoco satisfacer las exigencias de los consumidores si no remunera mejor a los trabajadores y a los capitales que emplea en el desarrollo de sus faenas. No es la vida barata, el bajo precio del pan y de la carne lo que da la medida de la marcha progresiva de la humanidad; lo es el poder del trabajo servido por los capitales y fecundado por la inteligencia. El alza de los salarios de toda especie, es la consecuencia inevitable de la riqueza y desarrollo de la actividad; y esta alza proporciona a los trabajadores, a pesar de la carestía de la vida, más ventajas que las que ella les proporciona en los países atrasados en que la vida es barata, porque el precio de los salarios y del trabajo sube más rápidamente que el de la subsistencia (1888:359).

Éste fue un asunto crucial en el siglo XIX. La fuerte dependencia de la elite de las exportaciones generó una suerte de insensibilidad social que la llevó a despreocuparse de los salarios y condiciones de vida de los trabajadores. Nunca nuestra elite valoró el aporte que estos podían hacer al desarrollo de la economía por la vía del consumo. Vinculados sus ingresos a las exportaciones y financiadas las arcas fiscales por los impuestos aduaneros, nuestra elite vivió de espaldas al país. Por eso, no prestó ninguna atención a los salarios como tampoco a las condiciones de vida de los trabajadores, a pesar de las denuncias que se hicieron respecto de la incidencia de esta actitud en el éxodo de los trabajadores al extranjero.

Ya en 1871, los redactores del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura* comentaban alarmados la emigración de la mano de obra. “Todo el mundo se inquieta hoy día por la falta de brazos en nuestros campos”, decían sus redactores, y, ese mismo año, Pedro Félix Vicuña calculó en cinco millones de pesos el valor de la pérdida por efecto de esa inmigración, agregando que la salida de los peones perjudicaba también el consumo.²⁸ Al año siguiente, Luis de la Cuadra comentó largamente este hecho reiterando la delicada situación que se producía en Chile por la emigración de los trabajadores. De la Cuadra era partidario de estimular la inmigración europea

²⁸ Véase una serie de artículos aparecidos en el Vol. III del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*. La cita en p. 198 de ese Vol. La observación de Pedro Félix Vicuña en Vol. II, 307.

para equilibrar el éxodo de la mano de obra, aunque no ocultó la verdadera razón por la cual los trabajadores chilenos abandonaban el país: “nuestros peones se van porque en las haciendas donde los ocupan los mantienen mal, los pagan más mal i los tratan peor” (1872:67). Años más tarde, Rafael Rivera Jofré fue más explícito. Lo primero que sorprende en el país —escribía en 1886— es el comercio extranjero, tan extendido que surte buena parte del consumo nacional donde

una aristocracia extraordinariamente lujosa, se anima en medio de un pueblo sucio y miserable, contrastando de un modo muy pronunciado y odioso, especialmente en país republicano, los grandes señores con los grandes miserables. El lujo es extraordinario y extraordinaria también es la miseria (1886:11).

En medio de estas condiciones, el pueblo es ignorado y aumentan la prostitución y la criminalidad. Por eso —agregaba Rivera— se produce la emigración. A la vista del porvenir que le espera, el proletariado prefiere abandonar el país antes que quedarse en una tierra que nada le ofrece. “A esto suele llamársele espíritu aventurero”, concluía Rivera, propiciando desarrollar la educación y la industria para resolver estos males (1886:14).

LA OTRA CARA DE LA MONEDA: LOS SECTORES SUBALTERNOS Y LOS PROYECTOS REDENTORISTAS DEL SIGLO XIX

Luis Alberto Romero señaló que la masa laboral adquirió visibilidad para la elite cuando se traslada a las ciudades desde mediados del siglo XIX. En los arrabales de los nuevos centros urbanos, sobre todo en Santiago, los problemas sanitarios y morales mostraron a nuestra clase dirigente un panorama que la horrorizó. Las epidemias, la prostitución y los vicios convirtieron los barrios populares en “un horrendo revoltijo de miseria y corrupción” que se erguía como amenaza para la sociedad (1997:10-11). Hasta ese momento, los mecanismos de control que los hacendados pusieron en marcha en el campo —y que José Bengoa ha resumido en el llamado “orden hacendal”, sumados a los esfuerzos del empresariado minero del Norte Chico por disciplinar al peonaje, evitando su éxodo hacia otras faenas— les había permitido desentenderse de la población que permanecía al margen de los beneficios de una economía que crecía incesantemente. En la ciudad, en cambio, los pobres deambulaban por las calles arrastrando consigo todos los males que podían desplomar ese orden excluyente que nuestra elite construyó con tanto esmero en la primera mitad del siglo. Sin embargo, a pesar de la nueva situación que se observa en nuestras ciudades, Romero agrega que la clase dirigente no supo qué hacer con los pobres. La amenaza del socialismo,

aquella “doctrina criminal” que podía hacerlos aún más peligrosos, promovió —en algunos sectores— políticas moralizadoras que apuntaban a integrarlos a la sociedad, extendiendo hacia ellos algunos beneficios de la bonanza económica que vivía el país (1997:154-155). Este afán de aquietarlos y sujetarlos al hogar y a la patria, como buenos ciudadanos, no dio —en todo caso— los resultados esperados. Era, tal vez, demasiado tarde. La insensibilidad de casi un siglo había arrastrado al país a los estallidos sociales que lo sacudirían a partir de 1890.

Sin embargo, aunque predominó en Chile esa inconciencia frente a la situación de la masa trabajadora, algunos sectores de la elite —o de intelectuales vinculados a ella— no dejaron de manifestar su preocupación por la situación de los peones del campo y por los trabajadores de las minas y de los centros urbanos. La primera voz que se levantó para denunciar esta situación y proponer un camino para remediarla fue la de Fr. Antonio de Orihuela, un franciscano de Concepción y diputado del Congreso Nacional en 1811,²⁹ quien envió a ese Congreso una *Proclama revolucionaria* en la que expuso una serie de planteamientos dirigidos al “pueblo de Chile” (Corvalán, 1997:19-28; Grez, 1997:193-197).

Lamentablemente, sabemos muy poco de Orihuela y muy poco, también, de sus fuentes de inspiración, al margen de unas cuantas observaciones que hizo Marcello Segall en un artículo publicado hace ya varios años (1962:175-218). Orihuela proponía un proyecto igualitario que pretendía establecer una sociedad sin diferencias de rangos y clases, que impidiera a la aristocracia “sujetar en la esclavitud al bajo pueblo” (Grez, 1997:196). Carente de un programa político y social —y sin el respaldo de los grupos a quienes pretendía representar— la propuesta de Orihuela no tuvo, en ese momento, otro destino que el de quedar registrada en los anales del Congreso. Por lo demás, junto al espíritu revolucionario de su *Proclama*, no caben dudas que ésta iba dirigida, también, contra sus circunstanciales enemigos políticos de Concepción y contra los intentos de Santiago por aplastar a las regiones. Este último aspecto ha sido muy poco destacado por quienes han comentado su intervención en el Congreso, aunque no carece de sentido, pues sus destinatarios eran, también, los electores a quienes apelaba para llegar al Congreso. Sin embargo, como señala Luis Corvalán, hay que reconocer que representa un intento por constituir a un sujeto popular capaz de llevar a la

²⁹ De acuerdo a las noticias que entrega Domingo Amunátegui Solar en *El Progreso Intelectual y Político de Chile* (1936:142), Fr. Antonio de Orihuela era hijo del consiliario menor de la Universidad de San Felipe don Francisco de Borja Orihuela, hijo natural de don José Perfecto de Salas y, por tanto, sobrino de don Manuel de Salas, dos notables figuras de la intelectualidad de la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX.

práctica un movimiento emancipador respecto de España, con un contenido social distinto al expresado por el resto de la elite (1997:21).

Treinta años más tarde, otro miembro de la elite, don Pedro Palazuelos Astaburuaga, político avezado, con una larga experiencia en Europa y en la administración del Estado, presentó al Congreso, en su calidad de diputado, otro proyecto que —según Domingo Amunátegui Solar— era un verdadero código del trabajo, destinado a defender los intereses de los trabajadores (1936:142). Amunátegui sostiene que el país no se hallaba por entonces preparado para discutir esta clase de materias, a pesar de todas las denuncias que se habían hecho respecto del estado en que se encontraban los trabajadores.

En efecto, desde comienzos del XIX diversos testimonios dieron cuenta de las penosas condiciones de vida de los miles de chilenos que no pudieron subirse al carro del progreso y cuya miseria conmovía. En ningún país del mundo, escribía Claudio Gay, refiriéndose al país que recorrió en los años 30, “el trabajo de los campos es más penoso, duro, más fatigante y más mal pagado” que en Chile. El peón “pasa días enteros espuesto a los ardores abrasadores de un sol siempre duro, soportando con admirable paciencia el hambre, el sudor y todas las intemperies de las estaciones”. Si no fuera por la necesidad de ganar su pan, concluyó Gay, nadie trabajaría en el campo (1862:152). En las haciendas, agregaba otro testimonio, el “hacendado es un pequeño barón de la Edad Media; es un amo que, con el látigo terrible, las más de las veces de una omnipotencia semibárbara, se cree poderoso monarca temido por su súbditos” (Ramírez, 1956:49).³⁰

Uno de los primeros intelectuales, miembro de la elite, que se hizo cargo de esta situación fue, al promediar el siglo, Santiago Arcos Arlegui.

Aunque grupos de artesanos habían iniciado anteriormente algunas movilizaciones, nunca lograron darle a su movimiento forma y contenido. Fueron expresiones aisladas de un descontento que, con los años, adquiriría mayor fuerza. Arcos, en cambio, junto a los jóvenes de la Sociedad de la Igualdad, fue capaz de denunciar los abusos y proclamar una serie de reformas tendientes a superar las injusticias que se observaban en Chile. Sergio Grez ha estudiado detenidamente el funcionamiento de la Sociedad y

³⁰ En las faenas mineras las condiciones eran aún peores. Ignacio Domeyko las describió de manera desgarradora cuando visitó el norte del país, luego de haberse instalado como profesor del Liceo de La Serena (1988). Vivían peor que los deportados en Siberia —señaló Domeyko— sumándose a juicios similares de otros testigos de la época (Ramírez, 1956:102-106). Y los trabajadores que escapaban a las nacientes ciudades del Valle Central encontraron un panorama tan deprimente como el que conocieron en el campo o en las faenas mineras. Hacinados en conventillos, en condiciones higiénicas deplorables, vivían en ranchos y casuchas convertidas en inmundas pocilgas (Ramírez, 1956:119-120). La miseria apremiaba en un Chile que, para unos pocos, se había convertido en un manantial de riqueza.

Jorge Pinto Rodríguez

las expresiones de su órgano de difusión —*El Amigo del Pueblo*— y aunque no desconoce la influencia de los movimientos parisinos del 48 y del pensamiento romántico que llegaba de Europa, demuestra cómo, poco a poco, fue fraguando un pensamiento más radical, estimulado por las dificultades que enfrentaban los sectores populares al término del gobierno de Bulnes (Grez, 1995:316:ss).

PAN Y LIBERTAD³¹

Casi diez años más tarde, en 1867, Ramón Domínguez volvió a referirse a la miseria que assolaba en los campos de Chile

La cuestión de la felicidad, preocupa a las clases acomodadas hasta el punto de ser su sueño dorado, si esto le sucede a ellas que poseen los medios necesarios para procurársela i la instrucción suficiente para obrar en tal o cual sentido persiguiendo siempre un mismo fin; que sucederá a las clases desvalidas i pobres que, por carecer de todo, se ven en la dura precisión de esperar siempre que manos ajenas labren su bienestar? (1867:5).³²

La de Domínguez es una visión de un joven abogado que creía que esos males debían remediarse para liberar a los pobres de un estado incompatible con una nación que progresaba como Chile

Dos palabras —señalaba Domínguez— nadie y ninguno. Es un individuo sin nombre, sin relaciones i sin porvenir; es un ser parásito que nace muchas veces del vicio, que vive en la ignorancia i que muere en el olvido; como hombre tiene fuerzas físicas, pero carece de inteligencia; es la mofa de los habitantes de las ciudades, i el

³¹ En todas partes hay pobres y ricos, escribía Santiago Arcos desde la cárcel de Santiago en 1852, pero no en todas “hay pobres como en Chile. En Chile ser pobre es una condición, una clase, que la aristocracia chilena llama rotos, plebe en las ciudades, inquilinos, sirvientes en los campos”. Según Arcos, degradado por la miseria, subyugado e ignorante, este estamento constituye una fuerza que no reconoce partido, pero que puede hacer triunfar al que haga suya su causa. Su situación contrasta dramáticamente con la de ricos y extranjeros que han podido aprovechar las ventajas de un sistema que sólo los favorece a ellos. Como percibe que se está frente a una situación insostenible, Arcos levanta una propuesta política que contempla, entre otras cosas, quitar las tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres; arrebatarles sus ganados, ampliar la ciudadanía, educar al pueblo y, así, encabezar una revolución con el grito de “Pan y Libertad” (Grez, 1995:127-150).

³² Domínguez describió crudamente la situación de los trabajadores del campo: oprimidos por los gobiernos y por los señores y patrones de todos los tiempos, viven como esclavos o vasallos, en medio de la riqueza de los dueños de la tierra. Usura y tiranía, ésas son las bases del sistema que impera en Chile, y que encadenándose, dan por resultado la miseria del inquilino. “¿Quién es éste?”, se preguntaba.

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

instrumento de sus patronos. En la escala social ocupa la última grada, i como ciudadano es conducido por el patrón a las urnas electorales a depositar el voto que se le ha dado (1867:51).

Domínguez creía que era difícil modificar esta situación. Sin embargo, interpela al Estado y a los hacendados en sus aspiraciones de introducir principios de justicia en el campo chileno. De una manera muy distinta pensaba Lauro Barros —otro miembro de la elite que se refirió a la situación de los trabajadores del campo— en su *Ensayo sobre las condiciones de las clases rurales en Chile*, premiado en la Exposición Internacional celebrada en Santiago el año 1875. Barros estaba convencido de que las condiciones descritas por Domínguez habían cambiado en Chile. Explotados hasta mediados del siglo XIX, sostiene que “hoy día es fácil probar como las clases rurales han adelantado en Chile i como marchan en la vía del progreso al mismo paso que la nación” (1875:15), lo que, sin duda, era lo que querían escuchar quienes convocaron al Concurso de ensayos con el propósito de mostrar los avances del país en el campo de la agricultura.

La amplia documentación que aporta Sergio Grez en *La ‘cuestión social’ en Chile* (1995) permite conocer diferentes corrientes de pensamiento planteadas por los mismos años o con posterioridad a los testimonios anteriores. Miembros de la elite como Fernando Santa María, Zorobabel Rodríguez, Fermín Vivaceta, Marcial González, Augusto Orrego Luco, Malaquías Concha y otros colaboradores de diarios como *El Independiente* y *El Ferrocarril*, no sólo opinaron sino que también ofrecieron diversas soluciones a un problema que la elite no desconoció, pero que en el curso del siglo XIX no resolvió. La Iglesia Católica tampoco se mantuvo al margen de esta situación, constituyéndose en la institución a través de la cual se expresaron los sectores más conservadores de la sociedad, para quienes la caridad era una alternativa que aliviaría la situación de los pobres. En esa dirección focalizaron su acción, especialmente a través de los “Patronatos de San José”, por medio de los cuales buscaron también desplazar a los masones en su intento por lograr mayores grados de influencia entre los trabajadores organizados (Grez, 1997:527).³³

En suma, queda la impresión de que durante todo el siglo XIX la elite no supo qué hacer con los pobres ni se propuso resolver sus problemas. Sobre todo en Santiago, esa incapacidad se fue transformando en un temor, que

³³ Comentarios muy interesantes relativos a la manera en que la elite enfrente el tema de la pobreza se pueden revisar en Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela, *Politización y monetarización en América Latina* (1994). En el ámbito del mundo rural, la obra de José Bengoa *Historia Social de la Agricultura Chilena* (1990), constituye otro aporte ineludible de revisar sobre esta materia. Por último, *Labradores, peones y proletarios* (1983) de Gabriel Salazar también aporta referencias muy interesantes.

Jorge Pinto Rodríguez

paulatinamente, creció junto con la llegada del socialismo —“doctrina criminal”, según la elite— a la que se atarían peligrosamente los obreros (Romero, 1997:151-155).

Marginados de los beneficios de un sistema que enriqueció a los hacendados, empresarios mineros y comerciantes, los grupos subalternos generaron sus propios mecanismos de sobrevivencia, contrariando las normas impuestas por las autoridades (Goicovic, 2006). De allí la imagen que de ellos transmitió la clase ilustrada y que hizo suya la historia oficial que los asocia a la transgresión, los vicios, la desidia y todos los males que se intentaron corregir mediante la represión.³⁴

Tales eran los dos Chile que convivieron en el siglo XIX: el del orden y progreso de la elite y de quienes se beneficiaron de la expansión de la economía y el de la transgresión de aquellos que nunca encontraron en el sistema alguna razón por la cual someterse a él.

A MODO DE BALANCE

Las *Memorias de ochenta años* (1936) de Ramón Subercaseaux resumen con mucha claridad cómo veían el mundo y nuestra sociedad los miembros de la elite. Sus primeros recuerdos se remontan a 1860 y dan cuenta de una vida sin sobresaltos, en medio de un Santiago que progresaba a pasos agigantados. Durante la bonanza de los 70, la mesa familiar reunía en los almuerzos dominicales a lo más granado de la sociedad capitalina. Subercaseaux escribe que

Después de la comida llegaba más gente y entonces, con la conversación de los grupos que discurrían o de política o de las cosas de la ciudad, o de los negocios del día, y con la música del piano que todos pedían y nadie escuchaba, el que entrara en el salón amarillo que daba a la calle Morandé podía preguntarse en que acontecimiento grato y repentino se encontraba toda la casa (1936:225).

³⁴ Un articulista no identificado de *El agricultor* (febrero de 1842) describió esta situación con meridiana claridad al referirse a las condiciones imperantes en la agricultura, que se podrían hacer extensivas al resto de las actividades económicas del país. En Chile —sostenía— hay dos razas enemigas, los hacendados y los inquilinos. “Los unos procuran robar a los otros i hacerles el mal que pueden ¡y cuántos creen que robar a los ricos no es una maldad sino una virtud!”. Agregaba que “mientras los primeros tiranizan a los segundos, haciéndoles persistir en su odiosidad, el otro se transforma en un vagabundo, hecho para sufrir grandes privaciones, miserias e injusticias en las cuales incuba, como las tribus salvajes, todos los vicios dominantes en los campesinos: incuria o abandono de sus propios intereses, infidelidad para con los patrones, falta de respeto a su compromisos, robo, juego y embriaguez”.

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

Ministros de Estado, banqueros, hombres públicos e ilustrados se reunían en aquellas tertulias a disfrutar de una vida que se financiaba con las ventajas que ofrecía un país como Chile. Para los jóvenes, pronto llegaría el viaje a Europa. A esa edad —comenta Subercaseaux— ya podían descubrir los encantos de Londres o de París y disfrutar de la compañía de otros amigos que partían a Europa a “olvidar sus amores contrariados” (1936:276). Por cierto, un hombre como Subercaseaux creía que el país debía mucho al grupo que disfrutaba de estos beneficios

La palabra aristocracia no es vana en una república, ni debe serlo, escribía conmovido por la lectura de algunas obras de Blest Gana. En Chile representa una idea positiva, y a cuya existencia somos deudores de muchas cosas buenas. Convengo en que la aristocracia colonial importa poco: provino en gran parte de títulos comprados o de antecedentes de virtud ejercida en España, demasiado lejos de nosotros y de nuestros medios de examen. Pero no es lo mismo desde la fundación de la patria, verdadero punto de partida de nuestra vida social que tal nombre merece (1936, II:89).³⁵

Desde la trinchera de la Iglesia, Abdón Cifuentes vivía con pasión las disputas de la época, aunque su vida no era tan distinta a la de Subercaseaux. Naturalmente, cuando llegó a un ministerio, Cifuentes culpó a los pobres de sus propias desgracias. La ignorancia absoluta de nuestro bajo pueblo y las inmundas habitaciones que habitan “en los incalificables conventillos” es lo que provoca la mortalidad infantil que azota a Santiago, decía en 1872 (1936:412). Y como los ricos parecían no tener ninguna responsabilidad en la tragedia de los pobres, la única solución que sugería era la caridad.³⁶

Sabido es cómo Alberto Blest Gana ironizó a la aristocracia en algunas de sus novelas y, más recientemente, Manuel Vicuña en *La belle époque chilena* (2001) se introdujo en los intersticios del poder para demostrar cómo las mujeres, a través de la manipulación del mercado matrimonial, favorecieron la reproducción de una elite ostentosa y de escasa sensibilidad

³⁵ Nuevos viajes a Europa, cargos en el servicio público y una vida sin sobresaltos, justificaban la gratitud de Subercaseaux por la aristocracia. Por cierto, el despertar de los trabajadores lo llenó de inquietud. De regreso de Alemania, en 1902, fue testigo —tres años más tarde— de la huelga de la carne que sacudió a Santiago. En las horas tempranas del 27 de octubre, relata en sus *Memorias*, “aparecieron por todos los suburbios unas bandas temibles de trabajadores, de peones auténticos que, congregados espontáneamente avanzaban amenazando propiedades y personas. Era la huelga general y brutal, sin plan definido, sin guía ni propósito, la huelga por la huelga” (1936, II:199).

³⁶ Resulta muy interesante lo que A. Cifuentes refiere en sus *Memorias* (1936), respecto a que la caridad y la ayuda divina van siempre de la mano. Su texto deja la impresión de que para los sectores más conservadores de la sociedad, la intervención del hombre, por importante que sea, nunca superará la voluntad de fuerzas superiores.

social, sobre todo después de la Guerra del Pacífico. De acuerdo con un estudio reciente de Corvalán (2002) al pensamiento conservador le repugna la idea de proyecto. Ser conservador equivale a respetar un orden natural, en el cual la desigualdad social no se puede evitar. De este modo, en una sociedad naturalmente jerarquizada, las elites o ciertas minorías selectas tienen la responsabilidad de gobernar, tarea a la cual se podrían sumar individuos de otros estratos sociales si por sus méritos se hacen merecedores de ese derecho.

Bajo esta concepción, los conservadores manejaron el poder desde 1830 hasta 1860, fecha a partir de la cual los jóvenes liberales formados en la década del 40 se acercan al gobierno, con el afán de acelerar el tránsito a la modernidad. Enemigos acérrimos del pasado colonial, distantes de la Iglesia Católica, que vinculaban a tradiciones paralizantes, y críticos respecto del aporte que podían hacer los grupos subalternos y la población indígena, su única meta era mimetizar Chile con las grandes potencias europeas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, buena parte de los debates entre liberales y conservadores estuvieron marcados por temas asociados a la educación, la política inmigratoria, la acción del gobierno frente a los conflictos sociales y la relación del Estado con la Iglesia; pero nunca se cuestionó el modelo social que se impuso en el país después de la Independencia.

Del mismo modo, en el manejo de la economía las discusiones fueron menores. El éxito del “modelo de crecimiento hacia fuera” y las riquezas que procuró a la elite opacó cualquier duda al respecto. Liberales y conservadores dependían de las mismas actividades económicas: la agricultura, minería y el comercio (incluido el del dinero cuando aparecen los bancos) favorecidas por un modelo liberal que frenó el desarrollo de la industria. Hubo partidarios de políticas proteccionistas y, aun, se tomaron medidas en esa dirección. Sin embargo, el peso de los hechos convirtió al modelo exportador de materias primas en el modelo que imperó sin contrapeso, transformando al erario en un ente dependiente de los ingresos aduaneros.

La elite, cuyos debates políticos alcanzaron cierto grado de aspereza, pudo así soslayar el sostenimiento del Estado, viviendo de los ingresos que generaban los productos que exportaba, sin pagar impuestos y sin modernizar sus faenas agrícolas y mineras. Toda la modernización política, que adquirió por momentos ciertos tintes sociales, tenía un límite: el de los intereses económicos de liberales y conservadores, miembros todos de una elite que dispuso de un país para su propio beneficio. Balmaceda quiso revertir la situación, cuando ya era demasiado tarde. La “fronda” que lo derrotó era la misma que tanto disintió en política, pero que tanto coincidía en economía, sobre todo cuando sus intereses estaban en juego.

Los grupos subalternos no alcanzaron a levantar un proyecto propio. Se movilizaron y manifestaron su descontento frente a las injusticias sociales y

frente a la explotación de que fueron objeto. Sin embargo, tal como ha sugerido Sergio Grez (2002), un proyecto popular propiamente tal no existió en el siglo XIX. Sectores de la elite, fuertemente impactados por el romanticismo europeo, los sucesos de París de 1848 y la miseria que cualquier observador podía ver en Chile, trataron de ponerse de su parte e iniciar un ciclo de reformas sociales, aunque no existieran condiciones para que esos intentos prosperaran. Chile fue durante el siglo XIX patrimonio de unos pocos y foco de miseria para muchos.

*Universidad de La Frontera**
Departamento de Ciencias Sociales
Av. Francisco Salazar 01145, Temuco (Chile)
jpinto@ufro.cl

BIBLIOGRAFÍA

- AMUNÁTEGUI S., Domingo. *El proceso intelectual y político de Chile*. Santiago de Chile: Nascimento, 1936.
- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis i Gregorio Víctor. *De la Instrucción Primaria en Chile; lo que es i lo que debería ser*. Santiago: Imprenta El Ferrocarril, 1856.
- ARCOS, Santiago. *Carta a Francisco Bilbao y otros escritores*. Introducción selección y textos de Cristián Gazmuri. Santiago: Universitaria, 1989.
- BARROS ARANA, Diego. *Un decenio de la historia de Chile*. Santiago: Imprenta Litografía i Encuadernación Barcelona, 1913.
- BARROS, Lauro. *Ensayo sobre la condición de las clases rurales en Chile*. Santiago: Imprenta Agrícola de Enrique Ahrens i C., 1875.
- BARROS, Luis y VALDÉS, Ximena. *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia el 1900*. Santiago: Aconcagua, 1978.
- BENGOA, José. *Historia social de la agricultura chilena*. Santiago: SUR, 1990.
- BILBAO, Francisco. “Sociabilidad Chilena”, en *América en peligro*. Santiago: Ercilla, 1941.
- *El Evangelio americano*. Buenos Aires: Sociedad Tipográfica Bonaerense, 1864.
- BLANCPAIN, Jean Pierre. “Cultura francesa y francomanía: el caso de Chile”, en *Cuadernos de historia*, N° 7. Santiago, 1978.
- CARRERA, José Miguel. “Manifiesto a los habitantes libres de los pueblos de Chile”, en MEDINA, José Toribio. *Estudios Históricos, Biográficos, Críticos y bibliográficos sobre la Independencia de Chile*. Tomo III. Santiago de Chile: Universitaria, 1965.
- CIFUENTES, Abdón. *Memorias*. Santiago: Nascimento, 1936.

Jorge Pinto Rodríguez

- COLLIER, Simón. *Ideas y Políticas de la Independencia Chilena, 1808-1833*. Santiago: Andrés Bello, 1977.
- CORRALES, Manuel Jesús. *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*. Santiago: Nascimento, 1940.
- CORVALÁN, Luis. “El proyecto conservador”, en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores). *Los Proyectos Nacionales en el Pensamiento Político y Social Chileno del Siglo XIX*. Santiago: Universidad Cardenal Silva Henríquez, 2002.
- “Antonio Orihuela: un jacobino en los inicios del proceso de emancipación”, en *Boletín de Historia y Geografía*, N°13. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1997.
- COUSIÑO, Carlos y Valenzuela, Eduardo. “Politización y monetarización en América Latina”, en *Cuadernos del Instituto de Sociología*. Universidad Católica de Chile, 1994.
- CRUCHAGA TOCORNAL, M. “El trabajo en las sociedades y reformas que influirían para su desarrollo en Chile”, en *Revista Económica*, Tomo III. Santiago: Cervantes, 1888.
- DE LA CUADRA, Luis. *Necesidad de la inmigración europea a Chile*. Santiago: Imprenta Chilena, 1872.
- DE LA CRUZ, Anselmo. “Memoria sobre la verdadera balanza del comercio que conviene al reino de Chile” leída por el Secretario del Consulado don Anselmo de la Cruz el 12 de enero de 1809, en Miguel Cruchaga. *Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile*. Madrid: Reus, 1929.
- DOMEYKO, Ignacio. *Mis Viajes*. Universidad de Chile, 1988.
- DOMÍNGUEZ, Ramón. *Nuestro sistema de inquilinaje*. Santiago: Imprenta del Correo, 1867.
- DONOSO, Armando. *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*. Santiago: Nascimento, 1940.
- DONOSO, Ricardo. *Las ideas políticas en Chile*. Santiago: Universidad de Chile, 1967.
- “Un amigo de Blest Gana: José Antonio Donoso”, en *Homenaje de la Universidad de Chile a su ex rector don Domingo Amunátegui Solar en el 75° aniversario de su nacimiento*. Tomo II, Santiago: Imprenta Universitaria, 1935.
- EGAÑA, JUAN. “Informe Anual del Tribunal de Minería”, en *Colección de Historiadores y Documentos Relativos a la Independencia Nacional*. Tomo IX. Santiago: Cervantes, 1911.
- ENCINA, Francisco Antonio. “El proyecto de alianza Perú-boliviana-argentina de 1873-75 y la iniciativa de don Abdón Cifuentes en la adquisición de los blindados chilenos”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año IV, N° 9. Santiago, 1937.

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

- ESPECH, Román. *Propaganda industrial. Colección de artículos encaminados a demostrar la necesidad de crear Manufactura nacional i los medios de conseguirlo*. Santiago: Imprenta Victoria, 1887.
- FERNÁNDEZ, Enrique. *Estado y sociedad Chilena, 1891-1931*. Santiago: LOM, 2003.
- FIGUEROA, Ana. *Ensayistas del movimiento literario de 1842*. Santiago: Universidad de Santiago, 2004.
- GARCÉS DURÁN, Mario. *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: LOM, 2003.
- GAY, Claudio. “Fragmento de un viaje a Chile y el Cuzco. Patria de los Antiguos Incas”, en Carlos Stuardo. *Vida de Claudio Gay, 1800-1873*. Santiago: Nascimento, 1993.
- *Historia física y política de Chile*. París: Casa del Autor, 1862.
- GAZMURI, Cristián. *El 48 chilenos. Igualitarios, reformista, radicales, masones y bomberos*. Santiago: Universitaria, 1999.
- GODOY, Hernán. *Estructura social de Chile*. Santiago: Universitaria, 1971.
- GOICOVICH, Igor. *Relaciones de solidaridad y estrategia de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)*. Madrid: CSIC, 2006.
- GÓNGORA, Álvaro. “Políticas económicas y desarrollo industrial en Chile hacia 1870-1900”, en *Dimensión histórica de Chile* N° 1. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Santiago, 1984.
- GONZÁLEZ, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- GONZÁLEZ ERRÁZURIZ, Francisco Javier. *Aquellos años franceses. 1870-1900. Chile en la huella de París*. Santiago: Editorial Taurus, 2003.
- GREZ, Sergio. “El proyecto Popular en el siglo XIX”, en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores). *Los proyectos Nacionales en el Pensamiento Político y Social Chileno del Siglo XIX*. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 2002.
- *De la regeneración del pueblo a la huelga general*. Santiago: DIBAM, 1997.
- *La cuestión social en Chile. Ideas y debates. Precursores (1804-1902)*. Santiago: DIBAM, 1995.
- HANISCH, Walter. *El catecismo Político-Cristiano. Las ideas y la época: 1810*. Santiago: Andrés Bello, 1970.
- HOBBSBAWN, E. J. *Los ecos de la Marsellesa*. Barcelona: Crítica, 1992.
- HUNEEUS GANA, Jorge. “Los privilegios exclusivos en Chile”, en *Revista del Pacífico*. Tomo III. Santiago: Imprenta Cervantes, 1888.
- ILLANES, María Angélica. *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*. Santiago: LOM, 2003.

Jorge Pinto Rodríguez

- JALIF, Clara. *Francisco Bilbao y la experiencia libertaria de América. La propuesta de una filosofía americana*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2003.
- JERIA, Máximo. “Economía rural”, en *Revista del Pacífico*. Santiago: Cervantes, 1887.
- JOCELYN-HOLT, Alfredo. *El peso de la noche*. Santiago: Planeta/Ariel, 1998.
- JUNTA SUPERIOR del Gobierno de Cádiz. *Motivos que ocasionaron la instalación de la Junta de Gobierno en Chile y el Acta de la misma*. Cádiz Imprenta de la Junta Superior de Gobierno, 1811.
- LASTARRIA, José Victorino. “Investigación sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile correspondiente al año de 1843 i al de 1844*. Santiago: Imprenta del Siglo, 1846.
- *La reforma política, única salvación de La República. Único medio de plantear la semecracia o el gobierno de sí mismo*. Santiago: Imprenta La Libertad, 1968.
- LASTARRIA, J. V. y ERRÁZURIZ, F. *Bases de la reforma*. Santiago: Imprenta El Progreso, 1850.
- MAC IVER, Enrique. “Discurso sobre la crisis moral de la República (1900)”, en Hernán Godoy. *El carácter del chileno*. Santiago: Universitaria, 1976.
- MEDINA, José Toribio. *Estudios Históricos, Biográficos, Críticos y bibliográficos sobre la Independencia de Chile*. Tomo III. Santiago de Chile: Universitaria, 1965.
- MELLAFE, Rolando. *XII Censo General de Población y I Vivienda, levantado el 24 de abril de 1952*. Santiago: Servicio Nacional de Estadística y Censos, 1956.
- MENADIER, Julio. “Estudios sobre la Economía Política Chilena”, en *Boletín de la Sociedad Nacional de Argentina*, vol. III. Valparaíso: Imprenta El Mercurio de Valparaíso, 1971.
- “Estudios sobre la legislación aduanera de Chile”, en *Boletín de la Sociedad Nacional de Argentina*, vol. I. Valparaíso: Imprenta de El Mercurio, 1869.
- MIZÓN, Luis. *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago: Universitaria, 2001.
- MONTANER, Ricardo. *Historia diplomática de la Independencia de Chile*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1961.
- OCARANZA, Nicolás. “La conciencia crítica de un joven liberal chileno”, en Juan Luis Ossa y otros. *XIX. Historias del siglo diecinueve chileno*. Santiago: Vergara Grupo Zeta, 2006.

- O'HIGGINS, Bernardo. "Decreto en adición al Decreto de Libre Comercio de 1813, Santiago, 30 de septiembre de 1820", en "Escritos y documentos del Ministro de O'Higgins, doctor José Antonio Rodríguez Aldea y otros concernientes a su persona", en *Colección de Historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile. Tomo XXXV*. Santiago: Imprenta Cultura, 1950.
- ORREGO BARROS, Carlos. *Diego Barros Arana*. Santiago: Ediciones Universidad de Chile, 1952.
- ORTEGA, Luis. *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión, 1850-1880*. Santiago: DIBAM, 2005.
- PINEDO, Javier. "Visión de Chile en Vicente Pérez Rosales", en Mario Berríos y otros. *El pensamiento en Chile, 1830-1910*. Santiago: Nueva América, 1987.
- PINTO, Aníbal. *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Santiago: Universidad de Santiago, 1996.
- PINTO, Jorge. "Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX", en *Estudios Públicos*. Santiago: CPU, 1992.
- PORTALES, Diego. "Carta a Cea", en *Epistolario de Don Diego Portales*. Santiago: Dirección General de Prisiones, 1936.
- RAMÍREZ, Hernán. *Historia del movimiento obrero en Chile*. Santiago: Austral, 1956.
- RECARBARREN, Luis. "Ricos y pobres", en *Obras escogidas*. Santiago: Editorial Recabarren, 1955.
- RIQUELME, Daniel. *La revolución del 20 de abril de 1851*. Santiago: Andrés Bello, 1966.
- RIVERA, Rafael. *La cooperación en la instrucción pública*. Santiago: Imprenta Victoria, 1886.
- RODRÍGUEZ ALDEA, José Antonio. "Escritos y documentos del Ministro de O'Higgins, José Antonio Rodríguez Aldea y otros concernientes a su persona", en *Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Independencia de Chile*. Santiago: Cultura, 1950
- RODRÍGUEZ, Simón. *Sociedades Americanas en 1828. Como serán y como podrían ser en los siglos venideros*. Chillán: Imprenta Principal, 1864.
- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.
- ROMERO, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile*. Santiago: Sudamericana, 1997.
- *La Sociedad de la Igualdad*. Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella, 1978.
- SAGREDO, Rafael. "Chile: 1823-1831", en *Revista de Historia*. Vol. 30. Santiago: Universidad Católica de Santiago, 1997.

- “Elites Chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*. N°16. Santiago: Universidad de Chile, 1996.
- SALAZAR, Gabriel. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*. Santiago: Sudamericana, 2005.
- “Los límites históricos de la modernidad (neo) liberal en Chile”, en *Cuadernos de Historia*. N° 12. Universidad de Chile, 1992.
- SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio. *Historia Contemporánea de Chile, Actores, identidad y movimiento*. Santiago: LOM, 1999.
- *Historia contemporánea de Chile III. La economía: mercados empresarios y trabajadores*. Santiago: LOM, 1991.
- SANHUEZA, Carlos. *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y Nación en el siglo XIX*. Santiago: LOM-DIBAM, 2006.
- SANHUEZA, Gabriel. *Santiago Arcos Arlegui: comunista, millonario y calavera*. Santiago: Del Pacífico, 1856.
- SANFUENTES, José Luis. “Memoria sobre la libertad de comercio, leída ante la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas el día 24 de julio de 1847 a fin de obtener el grado de Licenciado de dicha Facultad”, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 4, 1861.
- SEGALL, Marcello. “Las luchas de clases en las primeras décadas de la República, 1810-1846”, en *Anales de la Universidad de Chile* N° 125. Santiago, 1962.
- SHUMWAY, Nicolás. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: EMECÉ, 1993.
- SILVA, Fernando. “Notas sobre la evolución empresarial chilena en el siglo XIX”, en *Empresa privada*. Santiago: Universidad Técnica Federico Santa María, 1977.
- SILVA Castro, Raúl. *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago: Universitaria, 1958.
- STUARDO, Carlos. *Vida de Claudio Gay, 1800-1873*. Santiago: Nascimento, 1993.
- STUVEN, Ana María. *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago: Universidad Católica, 2000.
- SUBERCASEAUX, Ramón. *Memorias de ochenta años*. Santiago: Nascimento, 1936.
- VALENCIA AVARIA, Luis. “Capítulo XII de la Constitución de 1823”, en *Anales de la República*. Santiago: Andrés Bello, 1986.
- VÉLIZ, Claudio. *Historia de la Marina Mercante de Chile*. Santiago: Universidad de Chile, 1961.
- VIAL, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*. Santiago: Zig-Zag, 2006.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. *Epistolario de Don Diego Portales*. Santiago: Dirección General de Prisiones, 1936.

Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)

- *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851*. Santiago: Rafael Jover Editor, 1978.
- *Páginas de mi diario durante tres años de viaje, 1853-1854-1855*. Santiago de Chile: Imprenta El Ferrocarril, 1856.
- VICUÑA, Félix. "Situación económica", en *Revista Económica*. Valparaíso, 1886.
- VICUÑA, Manuel. *La belle époque chilena*. Santiago: Sudamericana, 2001.
- VILLALOBOS, Sergio y SAGREDO, Rafael. (recop). *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*. Santiago: DIBAM, 1993.
- ZAPIOLA, José. *La sociedad de la igualdad i sus enemigos*. Santiago: Enrique Blanchard Chessi, 1902.